

NOE CASADO

EMPIEZO A RECORDARTE



UNA
COMEDIA
ERÓTICA MUY
GAMBERRA

Empiezo a recordarte

Noe Casado

Esencia/Planeta

© Noemí Ordóñez Casado, 2018
© Editorial Planeta, S. A., 2018
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.esenciaeditorial.com
www.planetadelibros.com

© Imagen de la cubierta: Indian_photographers – Shutterstock
© Fotografía de la autora: archivo de la autora

Primera edición: octubre de 2018
ISBN: 978-84-08-19458-3
Depósito legal: B. 18.367-2018
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Rodesa
Printed in Spain - Impreso en España

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia. El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



—Vaya, pensé que era el único al que este tipo de fiestas siempre le han parecido aburridas.

—Entonces ¿cómo explicarías el hecho de que ambos hayamos hecho acto de presencia? —replicó Pierce sonriendo de medio lado y mirando a uno de sus mejores amigos, o, mejor dicho, uno de los pocos a los que podía considerar como tales.

—Porque siempre hemos sido responsables —contestó Owen e hizo una mueca ante aquella explicación tan correcta y verídica.

—Cierto.

—Y no vamos a dejar de serlo a estas alturas, ¿no te parece?

Pierce se quitó un momento las gafas y asintió, llevaba toda su vida siéndolo. Sólo pequeños despistes durante la época universitaria que ya habían quedado olvidados, pues desde que se hizo cargo de los negocios familiares apenas había tenido tiempo de darse un respiro. Y de eso ya habían pasado cinco años. Su padre, Anthony, se había retirado porque, según él, no iba a seguir dejándose la vida en el despacho cuando podía estar con su mujer viajando por el mundo.

Los silencios entre ambos amigos nunca habían sido incómodos, pues se tenían la suficiente confianza como para no decir una sola palabra y no por ello sentirse fuera de lugar.

—Keiko me ha dejado —murmuró Pierce tras depositar la

copa de champán a medio beber sobre la barandilla de la terraza con cierta indolencia, pues a esas alturas ni la bebida más cara le llamaba la atención. En realidad pocas cosas tenían la virtud de hacerlo.

—¿Se te ha muerto el perro? —inquirió Owen frunciendo el cejo.

Pierce parpadeó primero porque se suponía que al ser amigos estaban el uno al tanto de la vida del otro, y luego acabó estallando en carcajadas ante la pregunta de Owen.

—Joder, ¡cómo se nota que nos vemos cada vez menos! —exclamó entre risas.

—No sé qué tiene eso de gracioso —adujo Owen, confuso por la reacción de su amigo.

—Keiko es, mejor dicho, era, mi última pareja —le explicó y fue el turno del otro de abrir los ojos como platos.

—Maldita sea, lo siento —se disculpó de inmediato, sintiéndose un gilipollas.

—Tranquilo, no pasa nada —dijo Pierce—. Es comprensible. Tienes un niño pequeño, una mujer increíble y mucho trabajo. Es normal que tu tiempo sea limitado.

—Pues sí. Samuel acaba de cumplir un año y procuro estar con él todo el tiempo posible, no quiero perderme nada. Aunque no siempre me resulta compatible con mis obligaciones —admitió con pesar—. Y por si fuera poco Astrid cada día está más ocupada.

—Entonces de ir a por la parejita ni hablamos —bromeó Pierce, que por mucho que quisiera no podía ponerse en la piel de su amigo.

—No, ni hablamos —corroboró Owen haciendo una mueca—. Todo ha sucedido a la velocidad del rayo. Me he casado, he tenido un hijo... Pero me he dado cuenta, y que conste que

no me arrepiento de nada, de que quizá he descuidado mi matrimonio.

Pierce frunció el cejo ante aquella revelación, pues, por lo poco que podía ver, Owen y Astrid eran una de esas parejas que se complementaban bien. Envidiables incluso. De ahí que cada vez que él se planteaba ir en serio con alguna mujer lo pensara dos veces, pues el riesgo de fracasar era muy elevado y la recompensa, incierta.

—¿Astrid y tú tenéis problemas? —preguntó con cautela.

—No, yo no lo llamaría problemas —se apresuró a responder Owen—. Sin embargo, siento que nuestros respectivos trabajos nos impiden hacer cosas juntos. El año pasado sólo pudimos disfrutar de una semana de vacaciones.

—Mal asunto —declaró Pierce, porque él no tenía experiencia como hombre casado, aunque sí con las mujeres, y pasar tiempo juntos era un requisito fundamental en una relación para que las cosas fuesen bien, de ahí que no se esforzase mucho, pues no quería que funcionase.

—Algunos días apenas nos vemos —añadió Owen.

—¿No pretenderás que tu mujer abandone su cargo?

—¡No, por Dios!

—Porque lo hace estupendamente —la alabó Pierce—. No hay más que ver el éxito de la fiesta. Desde que Astrid está al frente, los beneficios han aumentado, y mucho además.

Owen sonrió complacido y orgulloso.

—Estás en el consejo de administración, juegas con ventaja —indicó de buen humor—. Lo sé, es increíble y no pretendo que renuncie a nada; no obstante, ahora que todavía podemos, quiero pasar más tiempo con ella, irnos de vacaciones solos...

—Pues como no empieces a delegar en alguien —comentó, pues entendía muy bien a qué se refería: los negocios, por suer-

te o por desgracia, exigían una dedicación casi exclusiva y ello implicaba renunciar a una vida personal.

En su caso no suponía mayor problema, pues al estar soltero, o como mucho mantener algún rollo sin compromiso, podía hacerlo; en cambio, Owen, que nunca se había quejado de su trabajo, ahora lo veía a través de otro prisma.

—Ése es el problema. ¿En quién delego? Porque tengo un hermano que, además de tocarme la moral, es un zángano de mucho cuidado —dijo con aire resignado.

—¿Patrick al frente del consejo de administración? —preguntó con incredulidad, pues era bien sabida la nula predisposición de Patrick a realizar tareas relacionadas con los negocios familiares; aún más, renegaba públicamente de ellos e incluso había llegado a cambiarse el apellido para desligarse del todo.

—Pues sí. Y, pásmate, cuando ocupó mi puesto durante quince días lo hizo bien. Lo que pasa es que, con tal de llevarme la contraria y de montar el circo, es capaz de quejarse como un niño pequeño y comportarse de forma irresponsable —explicó con aire resignado, aunque con cariño.

—Pues a ver cómo te las apañas...

—No lo sé, ya se me ocurrirá algo —afirmó Owen tan resolutivo y pragmático como siempre—. Por cierto, ahora que lo pienso, ¿no salías con la chica del tiempo?

A Pierce no lo sorprendió el brusco cambio de tema. Sí le llamó la atención que su amigo se refiriera a una mujer que lo había dejado hacía ya dos años.

—Me dejó plantado.

—Ah, joder, no sabía nada —se disculpó Owen frunciendo el cejo—. ¿Y por qué? Me comentaste que ibas en serio con ella.

Pierce torció el gesto, lo de «ir en serio con ella» era una forma muy optimista de describir aquella relación, pues nunca

había ido en serio con ninguna mujer. Bueno, hubo una excepción, pero ya había pasado demasiado tiempo.

—Según ella, y no es la única, le tengo alergia al compromiso —adujo en tono irónico.

—¿Qué tontería es ésta?

—Alguna pijada de revista femenina, seguro —afirmó Pierce torciendo el gesto.

—Lo que inventan para etiquetar las chorradas de siempre.

—Keiko me espetó lo mismo hace quince días cuando se largó —masculló—. De verdad ¿qué narices quieren ahora las mujeres?

—Yo siempre he evitado hacerme esa pregunta —respondió Owen diplomático.

—Eso lo dices porque estás casado con una mujer increíble —alegó Pierce, sin ocultar demasiado esa pizca de envidia que sentía por su amigo.

—No te lo voy a discutir.

—Cuando conocí a Keiko pensé que era diferente. Es artista conceptual. Trabajaba por encargo para museos o galerías de arte, por eso nunca imaginé que pudiera ser tan tradicional —confesó—. Resulta que la instalo en uno de mis apartamentos para poder trabajar y estar juntos, corro con todos sus gastos, cuando se suponía que ella tenía ingresos, y me entero, casi por casualidad, de que llevaba seis meses sin dar un palo al agua.

—¿Y no la echaste sin contemplaciones?

—Me convenció diciendo... —Pierce torció el gesto un tanto avergonzado— que sufría una especie de crisis creativa.

—Ya, te convenció... —repitió Owen arqueando una ceja.

—Bueno, sí, me engatusó para ser exactos, o me dejé engatusar —admitió Pierce, pues no tenía sentido ocultar la realidad.

—Traducido, que engatusa estupendamente —apuntó Owen con su particular sentido del humor.

—Pues sí, no te lo voy a negar. Acepté la situación y parecía que todo iba bien; sin embargo, un día va y me salta con que nuestra relación no va a ningún lado, que no me implico, que paso más horas en la oficina que con ella y una larga sarta de estupideces, hasta rematar con la cantinela de que no me comprometo. ¿Te lo puedes creer?

—Es cierto, no te comprometes —corroboró Owen—. Y me parece muy bien, no es una crítica.

—Se lo dejé claro desde el principio y, aun así, Keiko se puso pesada y yo esta vez no he cedido.

—Así que ha hecho las maletas y se ha largado esperando que tú vayas como un tonto tras ella, dispuesto a todo —remató Owen, que si bien no era el más versado en asuntos de mujeres, al menos sí estaba al tanto de las técnicas de chantaje femenino que algunas llevaban a la práctica.

—Algo similar. Pero va lista... No acepto chantajes y menos de una mujer —aseveró Pierce sin parpadear, pues ahora que lo pensaba, quizá hasta era buena señal que esa mujer lo hubiera abandonado.

—¡Vaya, por fin os encuentro! —exclamó una voz femenina y ambos volvieron la cabeza.

Astrid se acercó a ellos y primero le dio un beso rápido a su marido para después saludar con afecto a Pierce, al que llamó «excelencia» en tono divertido.

El aludido estaba ya acostumbrado a ello, tanto que ya ni se molestaba en aclarar que su padre aún vivía y que por tanto aquel viejo tratamiento le correspondía a su progenitor y no a él.

—Os voy a tener que regañar —prosiguió ella—. He organi-

zado una fabulosa fiesta de inauguración, todo un éxito, con un número limitado de invitados para que no os sintáis agobiados, y os encuentro aquí escondidos, en la terraza, hablando a saber de qué. ¡Así no hay manera! —concluyó con afecto.

—Cariño, ya sabes que...

—No hay excusa que valga —interrumpió Astrid a su marido—. Sois dos de los invitados principales. Tú —señaló a Pierce— estás en el consejo de administración... además de revisar balances, digo yo que podrías hacer un esfuerzo y mezclarte con los asistentes.

—Astrid, si estás al mando es porque todos confiamos en ti —dijo Pierce diplomático.

—¡No me hagas la pelota!

Owen rio entre dientes.

—De acuerdo, lo acepto, debería estar ahí dentro, pero míralo por el lado práctico: quería admirar el fabuloso trabajo de decoración que habéis realizado aquí. La vista es impresionante, ¿no es cierto? —preguntó dirigiéndose a su amigo en busca de apoyo.

—Excelente —corroboró Owen, sabiendo que ese adjetivo podía acarrearle problemas.

—Grrr, sois imposibles —se lamentó ella, negando con la cabeza—. Deberíais aprender de Patrick.

—¿Qué ha hecho ahora? —inquirió Owen preocupado, porque su hermano era imprevisible.

—Prepárate para lo peor —apuntó Pierce cruzándose de brazos.

—Relájate —le pidió Astrid a su marido—. Sólo está entreteniendo a los invitados con sus anécdotas. ¡Es increíble!

—¿Cómo? —masculló Owen cruzando los dedos para que no fuera algo irremediable, pues la tendencia de Patrick a pa-

sarse de la raya era legendaria. Su gemelo carecía de filtro verbal y soltaba, sin avergonzarse, lo primero que le venía a la cabeza.

—Se ha subido al escenario y micrófono en mano ha comenzado a...

—Vamos dentro —la interrumpió Owen tenso—. Antes de que sea demasiado tarde.

Los tres regresaron al interior, donde la fiesta se desarrollaba con normalidad, música de fondo agradable interpretada por una cantante en directo, bandejas llenas de canapés circulando, bebidas frías, conversaciones animadas, caras sonrientes, alta costura...

—¡Nos has mentido! —le reprochó Pierce, que, tras hacer un barrido visual, divisó a Patrick sonriendo de forma perversa, o mejor dicho descojonándose de ambos.

—No me ha quedado más remedio —se justificó Astrid sin el menor remordimiento—. Así que espabilad.

—Eres mala —murmuró Pierce y ella sonrió complacida.

El hermano díscolo se acercó hasta ellos riéndose y sin importarle nada; con sus aires de perdonavidas, agarró a su cuñada por la cintura y le plantó un beso en los labios.

—Gracias, eres un amor —dijo Astrid—. Ahora os dejo, portaos bien. Voy a revisar un par de cosillas, a ver si con un poco de suerte acabo antes y nos vamos a casa pronto.

Se despidió de su marido, dejando a los tres hombres con la boca abierta por diferentes razones.

—Es la mejor cuñada que se puede tener y encima está bien buena —comentó Patrick, al que no le daba ninguna vergüenza expresar en voz alta sus pensamientos, sin importar quién estuviera delante—. Por cierto, excelencia, ¿es verdad que la japonesa te ha dado plantón?

—Así es —admitió Pierce.

—¿Tú lo sabías? —preguntó Owen extrañado.

—Me lo contó Portia el último día que hablamos por teléfono. Además, por lo visto en la empresa no se habla de otra cosa.

—Joder, cómo te informas cuando te interesa —le reprochó Pierce.

—Y encima vas y la instalas en un apartamento junto al tuyo, en el mismo edificio. Mira que eres tonto, ¿a quién se le ocurre? —añadió el actor.

—Eres un cotilla —le soltó Pierce sin sentirse ofendido, pues sabía que entre su hermana Portia y Patrick existía una buena amistad, algo lógico teniendo en cuenta que ambos, en su juventud, tontearon durante un tiempo. Tontearon o lo que fuera, pues las familias nunca conocieron los detalles y los protagonistas no los aclararon.

—Y tú, un iluso. La anterior tía con la que estuviste era tonta del culo. ¡Si no sabía hablar!

—¿Te refieres a la chica del tiempo? —inquirió Owen, que andaba perdido por completo.

—No, aquélla al menos no necesitaba un logopeda. Me refiero a la pedorra esa que hablaba como si tuviera un chicle en la boca. Y, para rematar, te lías con una oriental que pinta como el culo.

Owen no sabía dónde meterse ante tanta sinceridad.

—No hace falta echar sal en la herida —repuso Pierce encojiéndose de hombros.

—Confío en que en la cama te hiciera virguerías, porque de otra forma es para darte con la mano abierta —prosiguió Patrick sin la menor consideración—. Porque era buena en la cama, ¿verdad?

—Lo era —confirmó el único que podía atestiguarlo.

—Menos mal. Ahora espero que espabiles. Mira a Owen, que parecía tonto y se ha casado con una mujer que vale la pena —agregó, señalando a su hermano—. Estoy seguro de que, si te lo propones, tú también puedes conseguirlo.

—¿Y tú por qué no te casas con Helen? —inquirió Pierce, encantado de poder pincharlo un poco.

—Porque ella no quiere. Es una bruja, pero no me rindo —dijo y miró a su alrededor por si localizaba a la estirada de Helen para provocarla un poco.

—Lo tiene cogido por los huevos —apuntó Owen, feliz de unirse al club de «vamos a tocarle la moral a Patrick», ahora que contaba con refuerzos.

—Eso cree ella —murmuró el aludido con aire misterioso.

Pierce terminó riéndose, porque gracias a ellos había olvidado que Keiko lo había abandonado después de tomarle el pelo durante casi un año.

—Bueno, por fin puedo relajarme —anunció Astrid al volver a su lado—. Cuando quieras nos vamos a casa.

—Has hecho un trabajo excelente, de verdad —la felicitó Pierce sincero.

Cuando Owen propuso que ella asumiera las funciones de relaciones públicas y dirección de la cadena hotelera, Pierce no se mostró muy convencido, pues siempre había sido un firme defensor de no mezclar la vida personal con la profesional, y si bien Astrid tenía un currículum increíble, tuvo sus reparos, pero ella, además de ser una cara bonita y de tener a su mejor amigo contento, era una profesional sin duda alguna.

—Por cierto, ¿puedo pedirte un favor? —le preguntó a Pierce.

—Llámale «excelencia» —se guaseó Patrick, pero no le hicieron caso.

—Tú dirás —contestó Pierce, haciendo caso omiso de las palabras del actor.

—He oído que acaban de entregarte el nuevo Tesla S. ¿Podrías dejármelo probar? —preguntó Astrid sonriendo.

—Cómprale un coche nuevo a tu mujer, anda, no seas tacaño —bromeó Patrick, señalando a su hermano.

El aludido fue a responder, pero se le adelantó ella.

—Querido cuñado —dijo, poniéndole bien el nudo de la corbata, para después tirar de la misma y así conseguir toda su atención tu hermano no tiene que «comprarme nada». Yo solita me las apaño. —Le dio otro tirón, esta vez más fuerte, y después le alisó las solapas del traje y le sonrió.

—Bruja —masculló Patrick aclarándose la garganta.

—Por supuesto. —accedió Pierce cerrando el pico, pues habría dicho lo mismo que Patrick y se habría ganado también una reprimenda—. Habla con mi secretaria y pasa por el garaje cuando quieras.

—Gracias. Quiero probarlo antes de decidirme.

Owen, que conocía la pasión de su esposa por los vehículos de gran potencia y también su opinión respecto a lo que un marido debe regalar, mantuvo la boca cerrada y se limitó a sonreír orgulloso.

—Y ahora, nos vamos a casa —dijo ella, despidiéndose con afecto de Pierce y de su cuñado.

—Otro al que llevan con correa —canturreó Patrick—. Por cierto, ¿qué le pasa a tu secretaria?

—¿A Mary Ann? —inquirió extrañado Pierce.

—¿Acaso tienes otra? —retrucó el joven, divertido.

—No. Pero ¿qué le has hecho? —le preguntó preocupado.

—Invitarla a bailar, nada más —respondió Patrick con aire inocente. Pierce no lo creyó—. Estaba ahí, tan tiesa, con cara de

aburrida y me ha dado pena. Tu hermana tiene razón, es una uva pasa. ¿Cuántos años tiene?

—No sé... treinta y tantos, supongo —contestó indeciso.

—¿No lo sabes? Joder, trabaja para ti y no la conoces. Ya te vale... Entonces deduzco que no te la has tirado —añadió como si tal cosa.

Pierce se pellizcó el puente de la nariz, porque con Patrick cualquier conversación en apariencia normal se volvía surrealista a las primeras de cambio.

—Es mi secretaria. Punto. No imagines cosas raras —sentenció, con la esperanza de zanjar el tema.

No hubo suerte.

—Pues a lo mejor por eso se muestra tan mustia. Mírala, creo que, haciendo un esfuerzo, hasta puede tener un buen polvo —soltó y se quedó tan pancho.

—¿Tienes problemas con Helen? —preguntó Pierce, porque le extrañaba que se fijara en otra. Hasta donde él sabía, Patrick mantenía una buena relación con su novia, algo que asombraba a todo el mundo, pues todos esperaban que ella lo mandara a paseo en cualquier momento.

—Siempre los tengo, eso no te lo discuto —admitió—. La fiera es rara, pero como mantengo una relación monógama con ella y no puedo despistarme, a pesar de las increíbles ofertas que recibo, pues me intereso por tu vida sexual y así me entretengo.

—¿No serás capaz de engañarla con otra? —le advirtió Pierce serio, pues dudaba que su amigo encontrara a otra como Helen.

—Podría; sin ir más lejos, hace un rato, en el aseo, una pelirroja se me ha acercado y sin mucho disimulo me ha sobado el paquete y con ganas —le contó indiferente.

—¡Patrick, no me jodas! —exclamó preocupado.

—¿Qué quieres que haga?

—Comportarte, para empezar.

—Yo me he dejado, un poco nada más, claro. No me negarás que siempre anima eso de que te soben con entusiasmo... Pero, tranquilo, no le he permitido que me metiera la mano dentro de los pantalones, aunque tentado sí que he estado, lo confieso —aclaró como si no hubiera roto un plato.

Pierce negó con la cabeza. Con aquel tipo no había manera. Nunca era culpable de nada.

—Espero que Helen no lo haya visto —musitó preocupado, pues a ninguna mujer le gustaba ver a su pareja tontear con otra.

—No, por eso se lo he tenido que contar —remató, dejando a Pierce perplejo.

—¿Perdón?

—¡Y no se lo ha creído! En vez de ponerse hecha un basilisco e ir a por la pelirroja para arrancarle los pelos y así animar la fiesta con pelea de gatas, la muy bruja se ha reído y me ha dicho que no me invente cosas —explicó dolido, al más puro estilo teatrero.

—Patrick, un consejo: deja de provocarla. Un día te va a dejar plantado —dijo Pierce sin salir de su asombro por cómo llevaba aquel hombre su relación.

—Bah, no creo, me da la impresión de que disfruta con ello... —replicó reflexivo.

Pierce prefirió no ahondar en las intimidades de aquella extraña pareja y se despidió de Patrick. Intentó disfrutar de la fiesta y para ello se esforzó en charlar con los asistentes, en sonreír y hasta en observar a su secretaria. Puede que su amigo tuviera razón y su aspecto fuera un tanto mustio, pero Mary

Ann siempre se comportaba igual, así que no debía preocuparse.

La misma pelirroja que había sobado a Patrick lo intentó con él. No obstante, Pierce prefirió escabullirse de la fiesta. Nada mejor que relajarse en su ático, solo, escuchando música. Si por un casual se ponía cachondo, su propia mano se encargaría de solventarlo.

Aunque en los últimos tiempos se encontraba bastante desanimado.